



# Primera promoción de Graduados en Matemáticas Universidad de Granada 2010/2014

Acto de Graduación, 18 de mayo de 2014

Discurso del padrino (Juanjo Nieto)

Ilmo. Sr. (componentes de la mesa)..., estimados señores,  
queridos alumnos, buenos días.

Este año hemos tenido un mes de “febrerillo” que ha hecho honor a su refrán y ha sido especialmente loco, con días de intenso calor y con varias ciclogénesis explosivas, que son los temporales de toda la vida. La diferencia con los temporales es que a las ciclogénesis les ponen nombres (concretamente se los pone el Instituto de Meteorología de la Universidad Libre de Berlín), nombres de mujer (apellidos no, para que no nos acordemos de sus familias). Para que nadie se enfade, se le ponen nombres masculinos a los anticiclones (los “temporales de calor”), y en los años impares se hace al revés. Por cierto, que por unos 200 euros la borrasca y 300 euros el anticiclón cualquiera puede ponerle el nombre a uno<sup>1</sup>.

Las primeras borrascas de febrero fueron todas ciclogénesis explosivas: fueron Nadja (1-feb), Petra (4-feb), Qumaira y Ruth (juntitas el 6-feb), Stephanie (9-feb), Tini pasó de largo, aunque no en UK, luego vino Ulla (14-feb), justo para celebrar San Valentín... y luego vendrían más pero hasta aquí las que me interesan hoy.

Por cierto, hay que ver la cantidad de información... de dudosa utilidad... que se encuentra surfеando por internet...

El caso es que precisamente en mitad de este alocado mes de febrero y tras el paso de 7 ciclogénesis explosivas con sus respectivos nombres femeninos, tras una ‘laaaaaaarga’ noche de “temporal de tipo doméstico” (es que en casa tenemos una bebé que por febrero tenía 6 meses y le estaban saliendo algunos dientes; así que la mayoría de Uds. ya sabrán de qué tipo de temporal estoy hablando), el día 19, justo después de los exámenes, se presentaron en mi despacho Yaiza y María Eugenia; y como no tocaba tutorías y además ya no tenía asignaturas pendientes con ellas, me puse en lo peor... dos ciclogénesis explosivas más, ¡y encima por parejas, como la guardia civil!

El caso es que sí traían una gran perturbación, pero no de tipo climático, sino una muy grata para mí: con muchísima amabilidad me venían a pedir que fuese el padrino de su promoción, de esta primera promoción de Graduados en Matemáticas... y a mí se me olvidó la mala noche, se me olvidó febrero, se me olvidó la subida en la factura de la luz... y me sentí un profesor muy afortunado. Porque ver como tus alumnos se superan a sí mismos, y como algunos lo superan a uno, es para mí la mayor satisfacción académica que existe; pero que te elijan su padrino, para mí, es además un privilegio académico y

<sup>1</sup><http://www.met.fu-berlin.de/adopt-a-vortex/>

sobre todo personal. Y aunque no sirva para mi currículum profesional y aunque el único acto en que interviene el padrino sea este, aunque sólo sea para dar hoy este discurso, me siento muy orgulloso y muy agradecido. Espero estar a la altura de vuestras expectativas y contribuir a que guardéis un grato recuerdo de este vuestro acto oficial de Graduación. Vosotros, sin duda, habéis superado con creces mis expectativas, como iréis entendiendo a lo largo de este discurso.

No quisiera dejar pasar esta oportunidad que me habéis dado sin analizar el valor de las cosas que se logran en el ámbito universitario, de las que habéis conseguido y de las que conseguiréis pronto cuando defendáis vuestro TFG (unos en unas semanas, otros el próximo curso... o cuando sea). Comienzo por este último: cuando defendáis y aprobéis vuestro TFG, os daremos un título, el título de Graduados en Matemáticas por la UGR; y firmado por su Majestad el Rey de España. Vuestro objetivo durante toda la carrera ha sido este. ¿Y cuánto vale ese título? Pues nada. Ni siquiera vale para enmarcarlo, porque luego tendréis que estarle haciendo copias compulsadas cada dos por tres y el marco no hace más que estorbar. El marco ponédselo a la orla, que por lo menos salimos todos muy guapos... por cierto, muy guapos como hoy... que por las pintas y por la época, más bien parece que vayamos a una comunión.

Pues como decía, el título en sí no vale nada. Para entender esta afirmación basta pensar en las decenas de corruptos de alto y de bajo nivel que tienen título universitario. Sin embargo el esfuerzo que habéis realizado y que aún aún estáis realizando para lograrlo sí que tiene valor. Como decía un amigo mío, Daniel Carretero, un directivo de una conocida empresa de seguros que vino hace poco a daros una charla de orientación profesional en Orientamat, pero que no pudisteis oír porque estábais estudiando... estudiando el mar Mediterráneo en crucero, pero estudiando... pues decía que para una persona que ha sido capaz de aprobar un examen de Matemáticas, y de hecho, toda una carrera de Matemáticas, conseguir trabajo “está chupao”, que es muchísimo más difícil lo de aprobar un examen. Yo comparto esa opinión, porque creo que lo que se logra con esfuerzo, se valora mucho más que lo regalado, pero es que además enseña al individuo a esforzarse para lograr las cosas, porque la satisfacción de conseguir algo exclusivamente con tu esfuerzo es como una droga, una droga sana que como efecto secundario sólo produce felicidad, satisfacción, y el buen entendimiento entre la conciencia y los hechos.

Y yo personalmente he intentado que os hayáis tenido que esforzar mucho para conseguir llegar hoy aquí, os he (permitidme la expresión) puteado cuanto he podido y, cuando alguno parecía que lo entendía todo, se lo ponía aún más difícil. Permitidme recordar, y explicarles a vuestras familias por encima, las vivencias que hemos tenido durante vuestra carrera.

Ya en primero de carrera, allá por el 2010, por entonces eran 79 estudiantes y sólo pasamos a 30 entre julio y septiembre (en mi defensa he de decir que yo era el profesor de prácticas de un sólo grupo y que sólo ponía un 25 % de la nota, ¡eh!). Se vé que los pillamos desprevenidos en la asignatura de Métodos Numéricos I, porque en el primer cuatrimestre ya le iban pillando el tranquillo a esto de las Matemáticas de la Universidad, con sus teoremas, sus corolarios, sus épsilon y sus deltas,... y llegamos nosotros en el segundo cuatrimestre y empezamos a hablarles de errores, de inestabilidad, de aproximaciones, de que las matemáticas no son tan exactas como dicen... y volvimos a liarlos... Aunque a alguno le gustó, porque de hecho pusimos dos Matrículas de Honor.

En segundo se libraron de mí, les dí un respiro, nació mi primer hijo... (pausa y sonrisa) ¡guapísimo! (luego si quieren les enseño fotos y me tiro horas y horas hablando de mis hijos...)... y no tenía tiempo para putearlos. Pero ya se encargaron mis colegas de continuar con la tortura. Deberían aprender las congruencias, las regresiones, la cuadratura (no la del círculo, que ya han aprendido que no se puede, sino la numérica) los espacios afines, el proyectivo, los jacobianos, los splines, las variables aleatorias, la compacidad... incluso un poco de música y de mecánica, que nunca sabe uno cuando va a tener que cantar o cuando se le va a averiar el coche... Pero eso sí, les presentaban a un montón de gente estupenda: desayunaban con Taylor, Lagrange o Kuratowsky, a media mañana, un cafelito con Euler, Maxwell, Poisson y Kepler; y para el alumerzo se iban con Hamilton, Runge y Adams. Algunos incluso se llevaban a la cama a Newton y a Raphson, que siempre iban juntitos a todas partes...

En tercero nos volvimos a ver las caras en Modelos Matemáticos II. Ya eran sólo quedaban 50 de aquellos 79 alumnos y esta vez había sólo un grupo, de manera que la primavera del 2013 la pasamos allí todos juntitos: ¡y los puse a estudiar biología! (entre otras cosas) Que se pensaban ellos que con la paternidad se reblandecen los profesores... ¡Ni hablar! Si yo no duermo, aquí no duerme nadie. Además con el plan Bolonia se supone que tienen que trabajar dos horas en casa por cada hora de clase... ¡pues a poner en práctica el plan Bolonia! La fiesta de la primavera la aplazaremos para cuando se pueda.

Pues a pesar de todo, aprobaron la mitad, 24, y alguno incluso con Matrícula.

Y en cuarto las cosas podrían haber cambiado, yo volví a ser papá, esta vez de una niña (pausa y sonrisa) ¡preciosa!... (luego si quieren les enseño fotos y me tiro horas y horas hablando de mis hijos...) El caso es que en cuarto todas las asignaturas son optativas, y podrían haberse librado de mí (de hecho, algunos lo hicieron). Pero resulta que 25 de ellos eligieron la asignatura de Mecánica y Biología (que es donde aprendemos estas cosas de las ciclogénesis explosivas). Yo pensé que serían los 24 que habíamos aprobado en tercero y algún erasmus... pero me pongo a mirar... a esta la suspendí, a este también, a este también, a estos 2 también, bueno aprobaron en septiembre; ¡bueno, mira, pues sí había 3 erasmus! y así conté hasta 12 que habíamos suspendido... En ese momento lo tuve claro: ¡estos se han matriculado para hacerme un escrache! Pues no, resultó ser el mismo grupo fenomenal que recordaba desde primero y, de hecho, los resultados de esta asignatura han sido los mejores que recuerdo desde hace muchos años. Tengo que añadir, que tanto sus hijos como yo hemos sido conejillos de indias, ya que ellos han sido los primeros en experimentar el plan Bolonia, y por eso serán los primeros Graduados en Matemáticos por la UGR, pero es que yo también he sido novato en todas las asignaturas que les he dado, ellos lo saben, y tal vez por eso, por haber conseguido juntos que el experimento salga bien, es por lo que me siento un poco más unido a este grupo.

Y ustedes, sus familiares, dirán: Y si dice que son tan buenos chicos ¿por qué se lo ha puesto tan difícil? Y si este profesor ha sido tan ca... ca... ca... exigente con ellos (es que no me sale la palabra que busco), ¿por qué lo han puesto de padrino? A la segunda pregunta ya les responderán sus hijos, porque yo no lo sé. Yo voy a responder a la primera: ¿por qué se lo he intentado poner tan difícil?

Les voy a responder citando a mi profesor de física en COU, Álvaro, que decía que el profesor no putea al alumno para cabrearlo, sino sacar lo mejor de él, porque ese alumno se convertirá en el arquitecto que diseñará su casa, o en el médico que le atenderá, o en el

político que decidirá sobre su jubilación, y lo que menos desea un profesor, y cualquiera, es cabrear a aquel que va a decidir sobre su casa, su salud, o su pensión de jubilación... Además de esto, yo he tenido una motivación adicional para exigirles todo cuanto he podido: y es que como ya les he dicho, me he convertido en padre (luego si quieren les enseño fotos y me tiro horas y horas hablando de mis hijos...) ¿Y eso no debería reblandecer mi corazoncito y empatizar más con ellos, y aprobarlos por pena más que por méritos? Pues no, al contrario, porque como dice mi compañero Óscar Sánchez, alguno de éstos que hoy celebran su graduación aquí, será precisamente el profesor de mis hijos en el colegio; y del mismo modo que no quiero que el médico que me atiente o el arquitecto que diseña mi casa o el político que decide sobre mi jubilación haya sido un estudiante mediocre acostumbrado conseguir las cosas de un modo torticero, tampoco quiero pasar la mano por penita o por cualquier razón que no sea su valía académica y su esfuerzo. No, yo no quiero eso, yo quiero que estos, sus hijos, los profesores de mis hijos –y por supuesto los que decidan hacer otras cosas– sean excelentes matemáticos.

Esto es, aparte de enseñarles cuanto he podido, lo que he intentado transmitirles en mis clases cuando teníamos un momentito de asueto, y espero y deseo, que esta forma de pensar sea la respuesta a la segunda pregunta, al por qué me eligieron como padrino de su promoción.

Por cierto, he dicho excelentes matemáticos, y voy a ir finalizando explicando lo que yo entiendo por excelente. La excelencia es la combinación de varios factores: el trabajo, el amor, la honestidad y, si puede ser, el humor. El trabajo, ya que sólo con trabajo y esfuerzo, como decía antes, se logra la excelencia; lo regalado, es simplemente una suerte o un privilegio. El amor. Porque amar lo que se hace, hacer lo que te gusta y disfrutar con ello es esencial para alcanzar la excelencia. Y a este respecto, ¿sabéis por qué en España se piensa que las matemáticas son difíciles? Pues porque muchos de los profesores que las enseñaron en el instituto no las amaban, es más, algunos las odiaban, y eso es lo que han transmitido durante décadas a sus estudiantes. Honestidad. Tal vez sea uno de los más ausentes valores hoy día en la sociedad, pero sin duda es un requisito esencial para la excelencia profesional y personal; y hay que ser honesto tanto para recibir halagos como para recibir críticas, hay que ser honesto y comulgar únicamente con la verdad. Y por último, y aunque no es un ingrediente esencial, es de gran ayuda el sentido del humor para que tu honestidad y tu buen hacer no se entienda como prepotencia entre los que te rodean. Para justificar este último punto, voy a citar a al gran director de cine Billy Wilder: “si vas a decirle la verdad a la gente, hazlo con humor o te matarán”.

Pues voy a concluir mi intervención con un pensamiento final a modo de resumen. Soy matemático: profesor e investigador de matemáticas, soy marido de una matemática de modo que amo las matemáticas por partida doble, soy padre de dos niños pequeños... (luego si quieren les enseño fotos y me tiro horas y horas hablando de mis hijos...) que no sé qué serán en el futuro, pero de momento parecen dos ciclogénesis explosivas por cómo nos han cambiado la vida de rápido, y soy el padrino de este grupo de excelentes matemáticos y, aunque aún no tengan el título, confieso desde ahora mismo que no me importaría que cualquiera de ellos fuese en el futuro el profesor de mis niños.

¡Gracias a todos por su atención, y mucha suerte chicos!